

**Abril, 4.** Márquez, con sus subalternos Quiroga y el Coronel austriaco Kodolick, jefe de una compañía de austriacos, supieron en la hacienda de San Lorenzo, situada entre Puebla y Otumba, la ocupación de Puebla, y atacado por Porfirio Díaz con fuerzas superiores muchísimo á las suyas, fué vencido y huyó velozmente á México.

**Abril, 4.** Winderbruck, Ministro de Francisco José en Washington, recibió un telegrama de dicho Emperador, en el que le decía que acababa de saber los fusilamientos de San Jacinto y que su hermano estaba sitiado en Querétaro, que temía mucho por la vida de su hermano y que le encargaba que suplicase al Gobierno de los Estados Unidos que interpusiese su influencia con Juárez, para que en caso de que Maximiliano cayese prisionero, no se le quitase la vida, concluyendo con estas palabras que indicaban que la influencia del Gobierno de los Estados Unidos sobre Juárez, era tan poderosa como la de un amo sobre su criado: «Parece que este Gobierno tiene el derecho de pedir á Juárez, que respete á los prisioneros de guerra, supuesto que al apoyo moral del Gobierno americano es á quien debe en gran parte sus actuales ganancias el partido liberal de México.»

**Abril, 5.** Nota de Winderbruck á Seward, haciéndole presente la súplica de Francisco José.

**Abril, 6.** Contestación de Seward á Winderbruck, diciéndole que con la mejor voluntad obsequiaría los deseos del Gobierno de él. El mismo día Seward envió un despacho telegráfico á Lewis D. Campbell, Ministro de los Estados Unidos residente en Nueva Orleans, cerca del Gobierno de Juárez, en el que le dijo: «Comunicará Ud. al Presidente Juárez prontamente y por medios eficaces, el deseo de este Gobierno de que, en caso de ser capturado el príncipe y sus secuaces, reciban el tratamiento humano concedido por las naciones civilizadas á los prisioneros de guerra.» El mismo día 6, Campbell, por medio de un comisionado *ad hoc* remitió una nota á Lerdo de Tejada, en la que, después de hablarle de los fusilamientos de San Jacinto, le dijo: «El Gobierno de los E. U. simpatiza sinceramente con la República de México y tiene gran interés en su prosperidad; mas yo debo expresar la creencia de que la repetición de las severidades referidas debilitaría las simpatías, enervando su acción. Se cree que tales actos con los prisioneros de guerra, según se ha dicho, no pueden elevar el carácter de los Estados Unidos Mexicanos en la estimación de los pueblos civilizados; y tal vez perjudiquen á la causa del republicanismo, retardando su progreso en todas partes.»

**Abril, 10.** Fiesta que se hizo en Querétaro para solemnizar el aniversario de la aceptación de la corona por Maximiliano, en la cual fiesta llevó la palabra á nombre de todos los defensores de la plaza el Ministro de Justicia García Aguirre, quien en su arenga dijo con una sangre fría, admirable: «Todos vuestros actos de Soberano, dan testimonio de que no se engañó México ni en la adopción de la forma monárquica, ni en la elección de la persona del monarca.... Señor, no vacilo en constituirme intérprete del verdadero voto nacional cuando presento estas palabras en el centro de una ciudad sitiada por numerosas fuerzas armadas que combaten al Imperio: porque creo haber comprendido el verdadero poder de los dos principios que en estos momentos se disputan el triunfo: el de la revolución que ataca los más caros intereses de nuestra sociedad, es en alto grado débil, á pesar de sus *fastuosas apariencias*; porque, en fin, no significa sino la voluntad de unos pocos que quieren sobreponerse á la nacional: el Imperio cuenta con ésta, apoyado en la justicia.» Maximiliano, en su arenga de contestación pa-

ra excitar el valor de sus tropas, dijo: «Sin efusión de sangre y sin trabajo, no hay triunfos humanos, desarrollos políticos y progresos duraderos» (1).

**Abril, 11.** Márquez llegó á México en la noche con unos cuantos soldados.

**Abril, 12.** Entraron á México mil y tantos soldados sin artillería ni municiones.

**Abril, 12.** Principio del sitio de México por Porfirio Díaz y los jefes subalternos. Zamacois, á la pág. 1,247, dice: «La ciudad se vió cercada por todas partes del ejército republicano, que desde ese mismo día estableció el sitio de ella.—La plaza sólo contaba con 4,500 hombres, y por lo mismo, era imposible ya que D. Leonardo Márquez pudiese marchar en auxilio del Emperador.—Dentro de la ciudad de Querétaro se ignoraban estos acontecimientos, y se continuaba esperando verle aparecer con fuerzas respetables en socorro del ejército sitiado.»

**Abril, 27. Contestación de Juárez al Gobierno de los Estados Unidos.** «He tenido la honra de recibir ayer la comunicación que me dirigió Ud. de Nueva Orleans el día 6 de este mes.—Retiradas las fuerzas francesas, el Archiduque Maximiliano ha querido seguir derramando estérilmente la sangre de los mexicanos. Excepto tres ó cuatro ciudades dominadas todavía por la fuerza, ha visto levantada contra él la República entera. No obstante esto, ha querido continuar la obra de desolación y de ruina de una guerra civil sin objeto, rodeándose de algunos de los hombres más conocidos por sus expoliaciones y graves asesinatos y de los más manchados en las desgracias de la República. En el caso de que llegaren á ser capturadas personas sobre quienes pesase tal responsabilidad, no parece que se pudieran considerar como simples prisioneros de guerra, pues son responsabilidades definidas por el derecho de las naciones y por las leyes de la República. El Gobierno, que ha dado numerosas pruebas de sus principios humanitarios y de sus sentimientos de generosidad, tiene también la obligación de considerar, según las circunstancias de los casos, lo que puedan exigir los principios de justicia y los deberes que tiene que cumplir para con el pueblo mexicano.—Espera el Gobierno de la República, que con la justificación de sus actos, conservará las simpatías del pueblo y del gobierno de los Estados Unidos, que han sido y son de la mayor estimación para el pueblo y el Gobierno de México.—Tengo la honra de ser de Ud. muy respetuoso y muy obediente servidor.—S. Lerdo de Tejada.»

**Abril, 27 á la madrugada.** Batalla del Cimatario. Los sitiadores eran á la sazón 32,000 (2). Esta célebre batalla fué ganada por Miramón y sus subalternos los Generales Méndez, Pantaleón Moret é Ignacio Gutiérrez y el Coronel Pedro Ormaechea á la cabeza de 2,800 hombres, á Ramón Corona y sus subalternos los Generales Régules, Arellano, Rivera y Márquez de León. Miramón persiguió á las republicanos en su fuga hasta la hacienda del Jacal, en donde todavía les hizo muchos muertos y heridos, y se llevó á la plaza de Querétaro 20 cañones, una gran cantidad de fusiles y más de 500 prisioneros. Después de la victoria, Maximiliano estuvo un rato en la colina del Cimatario, acompañado por varios jefes, lleno de alegría y esperanzas de vencer pronto á los sitiadores y marchar luego en auxilio de México, como se lo escribió á su Ministro Iribarren. Mas los republicanos se rehicieron muy pronto, y á las órdenes de Corona, Régules, Rivera, Márquez

(1) Zamacois, tomo cit., pág. 1,201 y siguientes.

(2) Zamacois, tomo cit., pág. 1,157.

de León, Francisco Naranjo, Sóstenes Rocha, Guadarrama, Tolentino é Ignacio M. Altamirano, quitaron á los imperialistas un tren de carros cargados de víveres que se llevaban á Querétaro. los combatieron y vencieron hasta hacerlos entrar dentro de los muros de la ciudad, y á las once de la mañana del mismo día 27 estaban otra vez en posesión del Cimatarío.

El Sr. Vigil, á la pág. 835, dice: «El campo quedó por los republicanos; pero fué á costa de numerosas pérdidas; pues en el parte del General Régules, se dice que todos los cuerpos de Michoacán y algunos soldados de Jalisco que cubrían la línea habían acabado, y á su vez el General Márquez asienta que había tenido una baja de cuatrocientos treinta hombres, entre muertos, heridos y dispersos. Considerables fueron también los estragos sufridos por los imperialistas.»

Mayo, 1.º El Coronel Joaquín Manuel Rodríguez, á la cabeza de un cuerpo de imperialistas, salió de Querétaro y atacó á los republicanos que estaban en la hacienda de Calleja; éstos rechazaron á aquéllos, hasta hacerlos entrar en la plaza y Rodríguez murió en la acción (1).

Mayo, 4. El periódico de Querétaro, que se llamaba *Boletín Oficial*, publicó dos falsas comunicaciones, que aparecían firmadas la una por Márquez y la otra por Vidaurri. Se hacía decir al primero que pronto llegaría á Querétaro con un poderoso ejército, con el que harían pedazos á los sitiadores; que en el ejército venían los Generales Rosas Landa, O'Horán, Agustín Zúñiga y otros muchos jefes de nombradía; que llevaba dos baterías de á 12 y obuses de 36 y 90 carros de municiones de boca y guerra (*el ejército de Don Quijote*). A Vidaurri se le hacía confirmar la noticia de Márquez. Era que el ejército imperialista estaba muy desmoralizado, y Maximiliano, Miramón, Ramírez Arellano y Severo del Castillo (únicos que estaban en el secreto, dice Zamacois), fraguaron esta mentira (2) y todos, hasta Mejía, Méndez y los demás jefes la tragarón. Ramírez Arellano, en su opúsculo «Últimas horas del Imperio,» dice: «El Emperador se vió obligado á inventar el texto de comunicaciones que fingía haber recibido de Márquez y Vidaurri, y en las cuales éstos le participaban que pronto estarían sobre las fuerzas sitiadoras y le daban noticia de la organización que habían dado á sus tropas. Estas comunicaciones fueron certificadas y publicadas por el jefe de Estado Mayor, para dar á su contenido toda la fuerza de la verdad. Los felices acontecimientos que ellas anunciaban, fueron celebrados con repiques y salva de artillería; la multitud acogía esta demostración con entusiasmo.»

Mayo, 7. Muerte de José María Gutiérrez de Estrada en París (3).

(1) Los soldados levantaron del campo el cadáver y lo condujeron trabajosamente á Querétaro, en donde Maximiliano le hizo solemnes exequias. Era el mismo Rodríguez que vimos asistiendo en Miramar á la solemnidad de la aceptación de la corona. Zamacois, á la pág. 1,280, dice: «D. Joaquín Manuel Rodríguez era veracruzano. . . . Y luchó bizarramente en el sitio de Puebla en 1863 contra el ejército de Forey que sitiaba la plaza. Hecho prisionero al rendirse la ciudad, fué conducido con muchos compañeros de armas á Francia. Así permanecía cuando el Archiduque Maximiliano, que se hallaba en Miramar, encargó, en Octubre de 1863 á D. Francisco de Paula de Arrangoiz, que le proporcionase militares mexicanos para oficiales de órdenes; y, si era posible, fuesen de los que estaban prisioneros. El Sr. Arrangoiz, que tuvo ocasión de conocer al joven D. Joaquín Manuel Rodríguez, que entonces era Comandante, le propuso si quería pasar al servicio del futuro Emperador. Rodríguez. . . . admitió la proposición.»

(2) Nuevas mentiras de Maximiliano.

(3) Tengo la papeleta de luto. Gutiérrez de Estrada murió con el profundo dolor de ver en París á Bazaine con su ejército de vuelta de su expedición á México sin haber conse-

Mayo, del 1.º al 14. Zamacois, á la pág. 1,295, dice: «Los habitantes de la ciudad, no siéndoles posible mantener sus caballos y sus mulas por falta de grano y de forrajes, los vendían en cualquier precio á los carniceros, siendo aquella la única carne que se comía en la población. En el ejército se continuó matando las mulas y caballos menos fuertes por falta de forraje, conservando únicamente aquellos que eran indispensables para la artillería y los trenes. No habiendo dinero para el pago de las tropas, se impusieron préstamos forzosos á todos los propietarios y comerciantes de alguna importancia. La falta de municiones había hecho que el ingenioso y activo General D. Manuel Rodríguez Arellano encontrase la manera de que la plaza no careciese de ellas. Para conseguir su objeto, estableció una fábrica de salitre, una de pólvora, dos fundiciones de proyectiles y los talleres necesarios. Con parte de las campanas de las iglesias y con todo el hierro que pudo conseguir, fundió balas y granadas. Igual cosa hizo con el techo del teatro que era de hierro y plomo, y logró reemplazar los pistones de metal para fusiles, que se habían agotado completamente con pistones de papel que suplían perfectamente á aquellos.—A la escasez de víveres, de dinero y de municiones, se agregaba la calamidad del tifo que hacía estragos en la tropa. Los hospitales estaban llenos de soldados heridos en las diferentes salidas y de enfermos.—El ejército se hallaba reducido realmente á cinco mil hombres. Y sin embargo de esa miseria, de esas penalidades y de las continuas fatigas, los soldados mexicanos se mantenían subordinados.»

Mayo, 14. El General Escobedo, en su informe de 8 de Julio de 1887 al Presidente de la República Porfirio Díaz, dice: «El día 14 recorría yo la línea de sitio. A las siete de la noche, un Ayudante del Coronel Julio M. Cervantes, vino á comunicarme de orden de su Jefe, que un individuo procedente de la plaza, y que se encontraba en el puesto republicano, deseaba hablar conmigo: en el acto me dirigí al punto indicado, en donde me presentó el Coronel Cervantes al Coronel Miguel López, jefe del regimiento de la Emperatriz. Este me manifestó que había salido de la plaza con una comisión secreta que debía llenar cerca de mí, si yo lo permitía. Al principio creí que el citado López era uno de tantos desertores que abandonaban la ciudad para salvarse, y que su misión secreta no era más que un ardid de que se valía para hacer más interesantes las noticias que tal vez iba á comunicarme del estado en que se encontraban los sitiados: sin embargo, accedí á hablar reservadamente con el Coronel imperialista Miguel López, apartándome á distancia del Coronel Cervantes y los Ayudantes de mi Estado Mayor que me acompañaban. Entonces brevemente López me comunicó, que el Emperador le había encargado de la comisión de procurar una conferencia con-

guido nada; á los fundadores del Imperio, á saber, Almonte, José Manuel Hidalgo y Arrangoiz, en la vida privada; á Carlota loca; á Maximiliano en visperas de un patíbulo y todo el Imperio, que el mismo Gutiérrez de Estrada, después de tantos años de perseverancia y con tantos trabajos había levantado, deshecho como la sal en el agua. Y muy probablemente en su agonía le atormentaron algunos remordimientos; lo primero, porque á una joven pareja que vivía feliz en su paraíso de Miramar, le había servido de espíritu tentador sumiéndola en las mayores desgracias; y lo segundo, porque sin conocer el carácter ligero y los demás defectos de Maximiliano, el mismo Gutiérrez de Estrada, con la mayor ligereza, había contribuido eficazmente á que fuera electo Emperador, y, por lo mismo, había sido una de las causas principales de los muchos millares de víctimas que habían sido sacrificadas en México sin éxito. La ligereza en algunos casos es un pecado venial, y en otros, se compara al crimen: *Culpa lata dolo comparatur*, dice la regla de Derecho. Cuando la ligereza ha sido un crimen, la buena fe no puede calmar los remordimientos.»

migo, y que al concedérsela me significara de su parte que, deseado ya evitar á todo trance que se continuara por su causa derramando la sangre mexicana, pretendía abandonar la plaza, para lo cual pedía únicamente se le permitiera salir con las personas de su servicio y custodiado por un escuadrón del Regimiento de la Emperatriz hasta Tuxpam ó Veracruz, en cuyos puertos debía esperarle un buque que lo llevaría á Europa, asegurándose que en México, al emprender su marcha á Querétaro había depositado en poder de su primer Ministro su abdicación.—Para satisfacción suya, y para que estuviera yo en la inteligencia de que sus proposiciones eran de entera buena fe, me manifestó el Coronel López que su Soberano comprometía para entonces y para siempre su palabra de honor, de que al salir del país no volvería á pisar el territorio mexicano; dándome, además, en garantía de su propósito, cuantas seguridades se le pidieran, estando decidido á obsequiarlas.—Mi contestación á López fué precisa y decisiva, concretándose á manifestarle, que pusiera en conocimiento del Archiduque, que las órdenes que tenía del Supremo Gobierno Mexicano eran terminantes, para no aceptar otro arreglo que no fuera la rendición de la plaza sin condiciones. . . . El comisionado del Archiduque volvió á reanudar la conferencia que yo ya creía terminada, diciéndome que el Emperador le había dado instrucciones para dejar terminado el asunto que se le había encomendado, de todas maneras, en caso de encontrar resistencia obstinada por mi parte. En seguida me reveló de parte de su Emperador, que ya no podía ni quería continuar más la defensa de la plaza, cuyos esfuerzos los conceptuaba enteramente inútiles; que en efecto, estaban formadas las columnas que debían forzar la línea de sitio; que deseaba detener esa imprudente operación; pero que no tenía seguridad de que se obsequiaran sus órdenes por los jefes que, obstinados en llevarla á cabo, ya no obedecían á nadie; que no obstante lo expuesto, se iba á aventurar á dar las órdenes para que se suspendiera la salida; obedecieran ó no, me comunicaba que á las tres de la mañana dispondría que las fuerzas que defendían el panteón de la Cruz, se reconcentrarán en el convento del mismo; que hiciera yo un esfuerzo cualquiera para apoderarme de ese punto, en donde se me entregarían prisioneros sin condición. . . . López se retiró á la plaza, llevando la noticia al Archiduque, de que á las tres de la mañana se ocuparía la Cruz, hubiera ó no resistencia» (1).

(1) El Informe de Escobedo ha sido confirmado por los jefes republicanos que sitiaron á Querétaro, y no ha sido contradicho por el Presidente Díaz, sino que antes con su autoridad ha sido publicado en "México á través de los Siglos," obra que ha circulado en todas las naciones de Europa, inclusa el Austria y América.

¿Y cómo Maximiliano comisionó á Miguel López para la entrega de la plaza de Querétaro, sin dar conocimiento de ello á Miramón ni á Mejía ni á ninguno de los otros jefes que la defendían? Porque ninguno de dichos jefes estaba por capitulación, sino que todos, en un Consejo de Guerra, habían convenido en romper el sitio el día 15, y todos estaban decididos á ello; y Maximiliano conocía que cayendo el reducido ejército sitiado, que á la sazón se componía de 5,000 hombres, en manos del ejército sitiador que, según Zamacois, pág. 1,370, se componía á la sazón de 35,000 hombres, indudablemente iban á perecer todos los jefes, incluso Maximiliano; mientras que entregándose la plaza y entrándose después en el terreno de la política, había esperanzas de que interponiéndose la influencia de los Gobiernos extranjeros sobre Juárez, principalmente el de los Estados Unidos y el de Prusia, por medio de su Ministro el Barón de Magnus, decidido defensor de Maximiliano, éste salvase la vida.

¿Cómo Maximiliano cometió la falsedad de entregar la plaza sin conocimiento de Miramón, Mejía y demás jefes sus compañeros en la misma causa? Abundan en estos *Anales* los hechos de falsedad de Maximiliano y de infidelidad á sus amigos y compañeros, hechos

**Mayo, 15. Ocupación de Querétaro.** Zamacois, en las págs. 1,332 y siguientes, dice: «El individuo á quien el General en jefe republicano había confiado la empresa de hacerse dueño del punto, fué el General D. Francisco A. Vélez. . . . Se pusieron á sus órdenes los excelentes Batallones denominados «Supremos Poderes y Nuevo León.» Se dirigió con las precauciones debidas, seguido del General D. Feliciano Chavarría, del joven Coronel D. José Rincón (*Gallardo*), de D. Agustín Lozano, Coronel también, así como otros jefes de los batallones referidos, al sitio de que debía hacerse dueño. . . . Eran como las dos de la madrugada, cuando guardado el mayor silencio posible y favorecido por la intensa obscuridad que reinaba, penetró en la huerta de la Cruz por la cañonera derecha de la barda izquierda, de que se había hecho retirar la pieza de artillería que allí había estado situada, por hacer parte de las que debían formar la batería de ataque, en la salida que se había proyectado verificar (1). — Una vez dentro de la fortaleza la tropa republicana, la ocupación de los diversos puntos de ella en que había alguna guardia, fué cosa que se ejecutó fácilmente. Nadie desconfiaba de D. Miguel López, y siendo además jefe de la línea, no podía llamar la atención de que nadie que transitara en el interior del perímetro al frente de las tropas que se habían introducido, y mucho menos cuando no tenía motivo para sospechar que perteneciesen al ejército republicano.—Conducidos, pues, los batallones «Supremos Poderes» y «Nuevo León» por D. Miguel López, todas las guardias imperialistas fueron relevadas por fuerzas liberales, sin que aquellas maliciasen la más leve cosa, puesto que el relevo lo mandaba el mismo jefe encargado del punto.—Por la manera de que se valió para hacerse de la plataforma en que se hallaba el Subteniente de artillería D. Alberto Hans, podrá el lector figurarse cómo se haría de los demás puntos de los parapetos, custodiados por cortas fuerzas que se juzgaban en el deber de obedecer sus órdenes.—La noche era bastante fresca y la obscuridad apenas permitía distinguir los objetos. El joven Subteniente D. Alberto Hans, para vencer el sueño, según él mismo dice en una obra sobre los acontecimientos de Querétaro, se puso á pasear sobre la plataforma. Después, viendo que no tardaría mucho en amanecer, se sentó en la cureña de una pieza de 8, embozándose en una manta, que en México tiene el nombre de *zarape*. De repente, le pareció oír pasos de algunos que se dirigían rápidamente hacia la plataforma, y á poco se presentó á su vista el Coronel D. Miguel López, á quien reconoció por su vistoso uniforme bordado de plata que usaba. El joven Subteniente le saludó. D. Miguel López, mostrándole entonces la tropa que con él iba, le dijo con precipitación: «Aquí esta un refuerzo de infantería; despierte Ud. inmediatamente á sus artilleros; mande

que constituyen un conjunto de indicios que hacen muy verosímil la narración de Escobedo; y para la aceptación de un hecho en el orden histórico, no se necesita la luz *meridiana*, como se necesita para la aceptación de un hecho como verdadero en el orden judicial, sino que basta la *verosimilitud*, según esta regla de crítica: "Una de las leyes de la Historia es la verosimilitud."

(1) Zamacois, reuniendo y combinando las narraciones de los historiadores y periodistas anteriores á él, es el historiador que ha referido la ocupación de Querétaro con todos sus detalles interesantes. Por esto he preferido presentar aquí el texto de Zamacois, aunque sea largo. Empero, omito bastantes repeticiones inútiles, que es uno de los defectos de dicho historiador, las apreciaciones de poco interés ó que no caben en unos *Anales*, y aquellas frases en que el mismo historiador emite su opinión de que Miguel López entregó la plaza sin intervención de Maximiliano, y en el lugar en que omito algo pongo tres puntos.

Ud. retirar esta pieza de su tronera y oblicuela Ud. á la izquierda, pero pronto.» — D. Alberto Hans, pensando que había llegado el momento de la salida, despertó inmediatamente á los artilleros; pero no habiéndose levantado el sargento Guzmán, que era anciano y estaba algo enfermo, con la prontitud que D. Miguel López anhelaba, le reprendió éste ásperamente hasta que le vió en pie. Entonces reiteró sus órdenes al Subteniente Hans y partió precipitadamente, dejando el pelotón de infantería que había llevado, el cual estaba mandado por un oficial. — El joven Subteniente obedeció con puntualidad la orden recibida. Considerando que los sitiadores trataban de penetrar hacia la izquierda, como lo había indicado D. Miguel López, mandó agregar un bote de metralla á la carga que tenía ya en el cañón, y dió á este la dirección requerida. Durante esta operación, la fuerza de infantería que había dejado D. Miguel López, se formó detrás de la pieza de artillería. Cuando terminado el trabajo de colocar el cañón, el Subteniente Hans se iba á ceñir la espada que se había quitado para trabajar con más desembarazo, se encontró sin ella, así como sin sus carabinas los artilleros. No dudando que los soldados que había dejado D. Miguel López como refuerzo, fuesen los que habían hecho desaparecer aquellas armas, se acercó al oficial para reclamarlas. Al ver que éste respondía vagamente y como tratando de esquivar toda conversación, le miró con cuidado y vió, no sólo que la fisonomía de él le era enteramente desconocida, sino que el traje de los soldados era muy descuidado. Sin embargo, pensó que aquella debía ser la 8.<sup>a</sup> ó 9.<sup>a</sup> compañía de uno de los batallones imperialistas; pero que para reponer en lo posible las pérdidas, se habían compuesto las dos últimas compañías de cada cuerpo, con reclutas de la ciudad y aun con prisioneros hechos á los sitiadores. D. Alberto Hans, extrañado, á pesar de todo, el modo de obrar de aquella fuerza, le preguntó al oficial á qué cuerpo pertenecía, y le respondió con aplomo que formaba parte de la brigada Méndez. Como el joven Subteniente de artillería había pertenecido á la expresada brigada y no recordaba haber visto en ella á su interlocutor, conociendo que allí estaba pasando alguna cosa extraña, le suplicó dijera la verdadera causa de su presencia en su puesto. El interrogado le contestó que uno de los batallones que guarnecía la Cruz iba á sublevarse y á dejar penetrar á los republicanos en la plaza; pero que, por fortuna, la conspiración había traspirado, y se mandaba relevar todos los puntos con su cuerpo. Al escuchar esta noticia D. Alberto Hans, trató de ir á hablar á D. Miguel López que, según el oficial le dijo, se hallaba en el punto del cementerio; pero en el momento de bajar de la plataforma, un centinela que él no había notado, desde luego le detuvo, dándole el grito de: ¡Alto ahí! El Subteniente Hans, comprendiendo que el centinela tenía la consigna de no dejar bajar á nadie, se dirigió al oficial á fin de obtener para él la revocación de aquella orden. El oficial eludió la respuesta. Instado éste por varias preguntas que le hizo el expresado Subteniente Hans, le dijo al fin: «No tema Ud. nada, señor; está entre soldados del ejército regular; no somos guerrilleros; pertenecemos al batallón de «Supremos Poderes» de la República.» — El joven Subteniente quedó aterrado; un frío glacial se apoderó de todo su cuerpo; le parecía estar soñando; los sitiadores estaban allí; eran dueños de la plaza. Asombrado de lo que veía y escuchaba, D. Alberto Hans preguntó al oficial republicano, si el Coronel D. Miguel López era quien le había conducido allí. «Ciertamente, le respondió sonriendo el oficial; pero le repito á Ud. que nada tiene Ud. que temer, porque somos del ejército regular; no se le hará daño ningun-

no. (1).» — El joven Subteniente se hallaba prisionero con la poca fuerza que mandaba, como se hallaban todos los jefes y oficiales que habían estado encargados de los puntos de la línea que mandaba D. Miguel López. Para cada comandante de las guardias que llegó á relevar con las fuerzas republicanas, tenía un motivo diverso que exponer. Ya el lector ha visto lo que ordenó al Subteniente Hans. Pues bien, al comandante del Panteón, le dijo: «que un batallón del General D. Leonardo Márquez, burlando la vigilancia de los sitiadores, había penetrado en la plaza, y tropa de ese batallón era la que le seguía para relevar la empleada en aquellos puntos, que debía incorporarse al suyo, pues se iba á emprender un movimiento á la madrugada.» — De esta manera fueron quedando prisioneros los defensores de la Cruz, sin que se llegase á disparar un tiro, y con un silencio admirables. — Deseando D. Miguel López salvar al Emperador, como se había propuesto desde un principio, hizo llamar al Teniente Coronel D. Antonio Yablouski, y le ordenó que marchase prontamente al alojamiento de Maximiliano, situado en el claustro de la Cruz; le dijera que había sido sorprendido y hecho prisionero en la huerta de la Cruz, por las fuerzas republicanas que habían penetrado sorprendiendo la entrada por la barda de ella, y que procurase ponerse en salvo. Eran entonces las tres de la mañana. Yablouski marchó á cumplir con el encargo que se le había hecho.» — «Sorprendidos la Cruz y el cementerio, las fuerzas republicanas procuraban hacerse dueñas con la mayor prontitud de todo el edificio, lo cual lograron fácilmente y sin ruido, puesto que iban guiados por D. Miguel López y protegidos por la obscuridad de la noche. El Coronel republicano D. José Rincón Gallardo, ocupó con su tropa las alturas del convento, las escaleras, los patios y todas las salidas, desarmando á la gendarmería, así como la compañía de Ingenieros, al batallón del Emperador y á los voluntarios, antes de que despertasen completamente.» — «Los republicanos, dice... Hans en su obra sobre los acontecimientos de Querétaro se echaron después, sin ruido, sobre la artillería formada en la plaza de la Cruz, y que esperaba el momento de ponerse en marcha para la salida del siguiente día. Se apoderaron también de la flecha que defendía la izquierda de la Cruz, de la iglesia contigua, de los trabajos de la derecha del hospital, de los almacenes del parque de artillería que se encontraba también de aquel lado. La corta reserva compuesta de una parte del 3.<sup>o</sup> de línea, que descansaba en el patio de entrada y en los corredores del hospital, fué desarmada y hecha prisionera con la facilidad que se encuentra en todos los detalles de esta sorpresa, gracias á D. Miguel López que guiaba á los republicanos y daba las órdenes necesarias para prevenir ó impedir toda resistencia. Como nadie sospechaba ni comprendía lo que pasaba, no se disparó un solo tiro, ni se dió un grito de alarma, mientras que el cuartel general y sus anexos caían en poder de los republicanos, en medio de una calma fantástica.» En el momento en que las fuerzas republicanas estuvieron en posesión de la Cruz, que era el punto dominante y clave de la ciudad, que debía considerarse como la toma de Querétaro, el Teniente Coronel Yablouski llegó al alojamiento del General imperialista D. Severo del Castillo, y despertándole inmediatamente, le dijo que los republicanos habían penetrado en la Cruz, y que procurase salvar al Emperador, á quien acababa de comunicar la misma alarmante noticia por medio de una de las personas de su servicio. Serían

(1) He seguido fielmente en este hecho lo que asienta el mismo subteniente D. Alberto Hans en su obrita titulada «Querétaro.»